

la de amparo y seguro; y aunque, según su arriesgado espíritu, de esta segunda diligencia juzgó don Sancho poca necesidad, todavía conociendo el gusto de su rey, le estimó por favor notable. Y con tanto, sabiéndose su ida, generalmente regocijada previno la ciudad ó su mayor parte un gran recibimiento; de suerte, que á la entrada no quedó caballero, mercader ni oficial que no le acompañase y aplaudiese hasta su posada, que fué la misma de los nobles flamencos, sus amigos, adonde aderezada suntuosamente, fué aposentado; y con tanta mayor grandeza, que la pudiera ser en todo el reino; porque, además de la inestimable y preciosa voluntad con que era admitido, el poder y riqueza de los dos hermanos era el más cierto crédito de la Europa. En fin, don Sancho, tomando desde luego con fervor particular el beneplácito de aquel magnífico ayuntamiento, dió principio al intento para que le enviaban; y prosiguiendo en él con prudencia y cordura, no sólo granjeó los ánimos á cumplir la promesa ofrecida, sino que por su amor y respeto la adelantaron á porfía; y de suerte, que S. M. se tuvo por tan bien servido, cuando lo entendió, que le mandó dar buen acostamiento y acrecentar los gajes y ventajas.

## CAPÍTULO XXX

*Diversos regocijos festejando á don Sancho, y el suceso que en uno de ellos tuvo.*

Las fiestas que en este ínterin le hacía Sevilla eran por otra parte tan continuas y alegres, que pocos días se pasaban sin que, ó ya en una plaza, ó ya otra, se corriesen toros ó dispusiesen diferentes regocijos; entre los cuales sus dos caros amigos, no queriendo en alguna demostración quedar cortos, trazaron á su usanza un alegre festín, en quien hallándose particularmente lo mejor de su nación, no quedó dama en Sevilla de calidad y cuenta, que ya de embozo ó descubierta, no le honrasen con su presencia.

Hubo en él notables aventuras, ingeniosas letras, invenciones y máscaras; y, sobre todo, un hermoso teatro, infinito de bizarros embozos, que sin dejar los mantos y el secreto, danzaron admirablemente, sacando muchas veces el gallardo huésped, digo, á don Sancho, blanco y fin de esta fiesta; el cual hizo en tal noche igual muestra de sus gracias y gentileza.

Entre las damas que danzaron con él, dos solas fueron las que, aventajando á las demás, pudiera su despejo dar envidia al sol mismo, si bien la una no admitió igualdad, porque en los circunstancias no hubo quien le negase el premio

justo y victoria conocida. De esta dama, pagándose mucho el galán don Sancho, con singular afecto, procuró conocerla, aunque de aquel deseo y afición le libró fácilmente uno de sus amigos, diciéndole cómo era la hermosísima Floriana, y hablándole más claro, el famoso *Desdén del Alameda*, sujeto que, según estaba público, sería muy presto esposa de su hermano, cosa que escandalizó en oyéndola á don Sancho, de suerte, que aun con hacer encima de su cuerpo mil cruces, no le parecía bastante muestra para el sentimiento de su breve deseo; tanto estimó siempre á su hermano, que ni con tales rompimientos perdió un punto el decoro á su obligación. Empero sacóle de aquesta suspensión el ver que la otra dama, que había danzado con él, habiéndosele acercado disimuladamente, brindaba con sus hermosos ojos y alguna inclinación su voluntad, con que no rehusando el envite, en honesta conversación y plática, gastaron lo que duró el sarao, en cuyos fines, dejando concertado verse otro día en parte más segura, despiéndose alegres y quizá alguno de los dos engañado, se fueron á descansar á sus posadas.

Háseme olvidado advertiros cómo el agraviado don Pedro, sin tratar de otra cosa que de su casamiento, el cual andaba en términos de concluirse, estuvo retirado en su casa, sin parecer ni ser visto fuera de ella, todo el tiempo que á su aborrecido hermano festejaba y aplaudía aquella

opulentísima ciudad; con que entendido su encojimiento, por don Sancho, noble y generosamente afligido, fué aprisa previniendo su jornada y aun muchos días antes de lo que tenía pensado, y uno de éstos, que fué el siguiente al del festín que he dicho, estándola tratando y disponiendo, siendo ya después de comer, entró un paje que le traía un papel, que sin quererle decir su dueño viendo que esperaba respuesta, sin apretarle más, para dársela, abriéndole, leyó en él las razones siguientes:

«Si la ocasión de anoche fuera más á propósito, procurara hablaros muy despacio, porque esto ha muchos días que lo deseo; mas consolándome con tan breve remedio, su ejecución remito á las últimas horas de esta tarde, en quien os suplico, que solo me esperéis junto á San Diego, á donde en tan buenas soledades seré puntualmente en un coche con vos; y porque de vuestra fama y valor puedo prometerme mayores empresas, no os encarezco cumpláis mi voluntad, seguro de que la debéis mayor merced. Dios os guarde.»

Muy alegre acabó de leer este billete don Sancho, y presumiendo al punto que, según el concierto, era de aquella dama con quien quedó aplazado, despidió el mensajero, diciéndole que cumpliría sin duda la salida y el modo con que se le ordenaba; y así, no discurriendo más en el caso, apretando la fiesta, se retiró á dormir.

## CAPÍTULO XXXI

*Vése don Sancho en un grave peligro, de quien con su valor y el de unas damas, se halla impensadamente socorrido.*

AUN no del todo iba el sol de caída, cuando pareciéndole hora para lo prometido, subiendo en un gentil caballo, á pocas calles mandó volver don Sancho á sus criados, y quedándose con un solo lacayo, en llegando á la puerta de Jerez se apeó; y mandándole que allí le asistiese, pasó adelante, hasta el mismo convento de San Diego; si bien en todos sus contornos ni aun en aquel extendido campo descubrió coche alguno; con que pareciéndole que había acudido algo temprano, comenzó á pasearse con determinación de esperar fielmente hasta la noche. Mas á pocos pasos, casi en un mismo punto, vió asomar hacia la puerta de Jerez un coche de cuatro caballos, acompañado de cuatro ó seis criados y gentiles-hombres, que con su vista templaron el contento, que si viniera sin ellos le aumentara; y por las tapias y huerta de San Diego otros cuatro robustos mancebos, que poco á poco, acercándose á él (que de lo que sucedió estaba bien ajeno), en llegando á postura, sin hablarle palabra, sacando las espadas, le embistieron, y con tan grandes ímpetus que, á no haberlo con hombre tan expe-

rimentado en tales refriegas, fuera cierto el llevarse en los primeros golpes. Más halláronle, aunque descuidado, tan en sí que, como si estuviera prevenido, cual otro Alcides, se revolvió entre todos; pero sin duda alguna su esfuerzo y ánimo suplieran mal el impensado aprieto, porque, además de hallarse muy desnudo, los que le acometían venían tan bien armados y seguros como el hecho pedía; y así, abriéndose de pechos, hacían el caso de sus puntas, que si tuvieran una trinchera delante.

Ya él en este medio, conociendo la evidencia del daño, á fuerza de destreza sustentaba la vida, aunque no sin algunas heridas; bien que no corrían poco riesgo sus contrarios, porque deseando él vengar su muerte, arrojándose en ellos, tenía ya el uno atravesada la garganta y tendido en el suelo; con que apretado rabiosamente de los compañeros, viéndose en la última perdicción, hubo de retirarse á las cercanas tapias, y asegurando en ellas las espaldas, pudo sostener su final gemido algún pequeño espacio; que éste fué el que tardó en acercarse al coche y ser reconocido de dos damas tapadas que venían en él; las cuales, advertido su aprieto, con turbación notable y mayores voces, mandaron á sus criados que le favoreciesen. Hiciéronlo así en un punto, porque además de ser seis eran todos hombres de vergüenza y respeto. Ayuda tan milagrosa como bien necesaria, y conocióse presto, pues á peque-

ños lances desistieron los contrarios de su empresa, y tan mal parados y heridos, que los dos corrieron en los mismos términos que el quedaba agonizando.

No hay encarecimiento que signifique bastantemente el agradecimiento de don Sancho; y así, aunque mal herido, reconociendo la parte de adonde le viniera el socorro, no paró hasta tocar los estribos de su coche, en quien halló dos mujeres, como he dicho, tapadas, que viéndole tal y casi desangrándose, con mayor sentimiento que él creía, le forzaron á que entrase en él; y así, tanto por verse ir desmayado, cuanto por el riesgo que podía acarrearle el hombre que quedaba muriéndose, sin esperar á oír de su boca la ocasión de su alevosía, juzgando que sin duda la dama del concierto y billete la hubiera fomentado, y aun pasándole por el pensamiento que fuese la misma que burló la noche funeral de su desgracia, teniendo en más haberse librado, obedeció á las que entonces debía tan buena suerte; aunque tan flaco y sin alientos respecto de la sangre vertida, que al arrojarse en el estribo juntamente se quedó desmayado en el regazo de las piadosas damas.

Las cuales, con nuevo sentimiento y lástimas, mandaron que por la puerta de Carmona diesen á toda prisa vuelta á la ciudad, como, en fin, se dispuso, y con tal brevedad, que con hallarse bien lejos de su casa, antes de anochecer estaban

en ella; don Sancho curado y restañada la sangre, aunque á poco rato, volviendo en sí, no sin grande admiración se halló en un precioso lecho rodeado de venerables dueñas y aun de hermosas doncellas; no obstante que á las que le trujeron á semejante albergue no le pareció, según las señas, que estuvieran en toda la cuadra. Con que, extrañando á las damas, preguntó por ellas, y juntamente quiso saber adónde se hallaba y si sus huéspedes y amigos habían sido avisados de su desgracia. Mas como á nada de esto para responderle tuviesen licencia, viéndole que, muy penado, insistía en ello y que por entonces no convenía decirselo, poco á poco se fueron levantando, y dejándole solo y con tan grave confusión y desasosiego, que, si hallara sus ropas, infaliblemente se vistiera y saliera de dudas.

Empero, con todo esto, más se le pasaron de dos horas que saliese de ellas, gastando aquel espacio en discurrir, pensar y maquinarse sobre el negocio que tenía entre manos, haciendo, con su indisposición y melancolía, discursos tan desvanecidos y tristes, que el mejor fué juzgarse por vendido; y así, ó ya presumía que las damas del coche fuesen las mismas del billete, y quien sacándole con su traza al matadero, viéndole en él defender su cabeza, trocando la hoja habían asegurado su castigo con el segundo engaño trayéndole á aquel puesto para mejor vengarse, ó que si este disparate, mal pensado, no fuese él,

sin duda, estaba en poder de don Pedro, su hermano y enemigo mortal; y así, viendo que la noche se alargaba, volviendo al tema de querer vestirse, con nueva furia se levantó del lecho y no dejó en todo el aposento lugar alguno que buscando sus vestidos y espada no trastornase; hasta que oyendo de la parte de afuera el ruido que sobre aquesto hacía, ó que quizá de intento esperasen aquel punto, ó que por otra causa lo hubiesen dilatado, abriendo con ruido una pequeña puerta, recogióse á su cama don Sancho vió que por ella entraba una mujer en cuerpo, de hasta veinticinco años, pero tan hermosa y gentil, que aunque él en tan diferentes provincias había visto sujetos bizarrísimos, todos respecto del presente le parecieron bosquejo ó negras sombras; con que suspenso á tan peregrina vista, retratado en sus ojos, esperó lo que, acercándose á su lecho, le decía.

### CAPÍTULO XXXII

*Dicese quién era aquella dama, y hallándose don Sancho lleno de obligaciones, goza mejor fortuna y nuevo estado.*

TRAÍA la graciosa dama vestidos solamente los últimos arreos, digo, pretina y faldellín de una tela tan rica, que sólo sus reflejos pudieran dar luces á la cuadra; el tiempo era verano, la

hora muy cerca de media noche, y así el venir tan ligera se pudo atribuir á estas razones; si bien no entendiendo el herido en tales circunstancias, más sosegado recorría su memoria; y atentamente mirando aquel divino rostro (aunque como entre sueños), se le antojaba haberlo otra vez visto.

En este pensamiento sumergido, le cogió la dulce voz de aquella dama, que con halagüeño semblante, y no sin alguna vergüenza y turbación, le preguntaba cómo se sentía; á que sacando esfuerzo de flaqueza, le respondió don Sancho de aquesta suerte:

—Aunque mis heridas fueran más peligrosas, no es posible que amparado de tal sujeto deje su dueño de recobrar muy presto la salud perdida; y así, hermosa señora, si el haber conocido vuestra piedad puede excusar en mí nuevos atrevimientos, encarecidamente os suplico me digáis en qué prisión estoy ó quién es el peregrino alcaide que me guarda; porque si, como sospecho, es el que miro, inmortales quisiera fueran estas heridas, pues alargándose su cura, juntamente se dilatara mi cautiverio y el gusto inestimable de vuestra compañía.

—No encarecéis cobarde (respondió la bizarra dama) vuestros pensamientos, si como sabéis digerrillos con palabras, igualáredes á su ejecución con las obras. Mas ya es propia galanería de los hombres prometer grandes cosas á las pobres

mujeres, y cumplir después lo que frisa mejor con sus deseos y aun con sus torpezas y apetitos. Yo estoy, señor don Sancho, muy desengañada en lenguaje y lisonjas semejantes; y así también podréis vos excusarlas, creyéndome por cierto, que á no temer lo que menos deseo, que es algún accidente en vuestra salud, que no excusara el absolver vuestras preguntas fácilmente; porque no obstante que lo apesure vuestro mal conocimiento, en fin, conmigo puede más el cuidado que he dicho y la cura de que por ahora tanto necesitáis.

—No ha de ser eso la causa (replicó el sospechoso caballero) para que por más tiempo me permitáis estar confuso; porque ni el achaque presente es inconveniente que importe á un hombre que ha pasado por otros innumerables y semejantes peligros, ni mi paciencia y sufrimiento podrá más tolerarse sin precipitarme primero por aquesas ventanas: fuera de que os aseguro y certifico que ni aun caerse sobre mí aquesta casa me ocasionara mayor turbación y disgusto que negarme lo que os he suplicado, y vos debéis hacer por no ponerme en desiguales riesgos.

De esta suerte, alterado replicaba don Sancho, cuando sentándose la dama encima de su lecho, advirtiéndole con su sospecha tan terribles razones, sin poder resistirlo, comenzó, si no á verter menudo aljófara de sus ojos, al menos un líquido cristal en vez de lágrimas; de cuya no-

vedad más admirado, queriendo proseguir menos colérico, le suspendió el ver que la llorosa dama, envueltas entre ardientes suspiros, pronunciaba estas dulces razones:

—¿Es posible, amado señor mío, que así tan por la posta, como ahora reconozco en vuestro olvido, pasaron en ese noble pecho los sucesos amargos, que ya tuvisteis en esta triste casa; y es posible que con tanta crueldad os hayáis persuadido á despedir del corazón, del alma, una mujer que en esta misma cuadra, en este mismo lecho, no ha diez años, que hallasteis descuidada del miserable fin que halló su honra entre esos brazos? ¿Y es posible, señor, que así los caballeros tratan tales mujeres, y que sin acuerdo de vuestra obligación hayáis dejádome llegar á aquestos términos de tristeza y edad, sin gusto, sin consuelo, y sobre todo sin remedio é incasable, siendo yo aquel sujeto quien para su esposa pretendieron tan grandes personajes, tantos títulos nobles y tantos poderosos caballeros? ¿Cómo, y que esto permitan los cielos que nos oyen, y el más cortés y virtuoso de los hombres, y que en tan largo llanto, á tan continuas lástimas y ruegos, no se hayan condolido los unos ni enternecido los otros? Compadézcanse, pues, en esta alegre noche, alegre porque os gozan estos ojos, de quien, aunque forzada, sois el dueño. Cesen, pues, mis desdichas; suéldense ya mis males y miserias: para vos me eligió el cielo, para

vos ha guardado la más espantosa máquina de hacienda que hasta hoy vió la Europa; gozadla, pues, querido señor mío; despendan mis riquezas esas manos, sirvan os de esplendor, después de tantas fatigas; y si ya mi triste desventura, mi contraria suerte á tan fuertes razones, á obligaciones tales cerrasen por mi mal esos oídos, rendida estoy á vuestros pies; vuestro gusto obedezco, vuestro gusto adoro, y cumpliréle con acabar llorando la necia confianza que hice de vuestra fe, el crédito que di á vuestras palabras y la piedad que, por salvaros, usé tan á costa de mi honra. Mas si esto así queréis, si esto os parece justo, al menos, señor mío, no quede así la hacienda de mis padres; no quede, no, ya que yo me he perdido, al albedrío de mis deudos, á la distribución de albaceas; tratar siquiera de que este retrato vuestro (y aquí sin pasar adelante, levantándose y llegando á la puerta por donde había entrado, volvió, trayendo un ángel de la mano, un hermoso rapaz de hasta diez años, y prosiguió su razón tornando á repetir): que este retrato vuestro, este consuelo único de mi alma, quede de puerta en puerta. Vuestro y mío es, noble don Sancho; esta prenda tan sola me dejasteis alimentada con mi sangre, criada entre mis lágrimas y gemidos; pagadme en remediarle, como os pido, los trabajos que padecí tantos tiempos, encubriéndole y recatándole de mi madre y criados; las ansias y congojas con que

siempre en su lecho pasé por el mismo temor, los mortales dolores y la incomodidad con que en tan tiernos años le saqué á luz; y finalmente, en la afrenta y vergüenza del descubrir mi falta y el trabajo, traza y cautela con que, fingiendo nos le habían echado á la puerta, dispuse su crianza, su regalo y educación en mi propia casa. Grandes son estas causas, grandes vuestras obligaciones, no indigno mi sujeto, ni mi calidad y bienes de fortuna, desestimables; considerado bien, don Sancho mío; pensad cosas tan arduas esta noche; quizá algún astro feliz inclinará á mi amparo vuestra voluntad.

### CAPÍTULO XXXIII

*Prosigue el suceso y absuélvense las dudas y suspensión pasada.*

A estas razones últimas llegaba vertiendo espesas lágrimas la hermosa dama acompañada con igual sentimiento del ángel bello que sacó por padrino, cuando el noble caballero, como quien despierta de un pesado letargo, despidiendo del alma tantas dudas y mayores congojas, quedó tal cual podéis ponderar; oyendo tales cosas, mirando tales prendas, y reconociendo la verdad, el suceso, su culpa y obligación; con lo cual, cubriéndosele el cuerpo de un sudor frío, el alma de opresiones y verdades y el rostro de

tiernas lágrimas, sin poder hacer menos, forzado por infinitos modos, obligado por tantos caminos y contento con tan extrañas dichas, abrió los brazos, recogió madre y hijo, llamó esposa á su dama, dió nombre de padre á su retrato mismo y, finalmente, sin interrumpir tanta gloria, sin dilatar su justa satisfacción, hizo llamar á algunos criados, y en su presencia, y en la de su madre, que ya oyendo el suceso (que ella había así dispuesto) llegaba á abrazar el nuevo yerno, dió la mano de esposo á su hermosa hija; y con ella principió el regocijo y fiestas de su casa y familia; de quien luego entendió, como su esposa era, no menos que el forzoso heredero del riquísimo Claudio, la hermosísima Floriana, el famoso *Desdén del Alameda*, el engaño amoroso de su hermano don Pedro, la que él forzó la noche de sus heridas; y últimamente, la mujer más perfecta, más rica y virtuosa de la mitad del orbe; con que satisfecho del todo, quedó loco de gusto, admirado del suceso y sobremanera glorioso de haber puesto con él un firme clavo á la inconstante rueda.

Y ciertamente don Sancho podía, con justísimas causas, tenerse por dichoso; porque no sé yo quién será el ciego y falto de discurso que así no lo confiese, ponderando el fracaso de aquella triste noche, el hallar la puerta abierta para tan gran ventura, la impensada fuerza, el rigor de la justicia, la piedad de los amigos, la buena

suerte de los países, la merced de su rey, el amor de sus naturales, el socorro de tan grave traición, sus inopinadas heridas y la cura y servicio que para ellas tuvo y, últimamente, el impensado fin y paradero de su carrera. ¿Quién, pues, será en esta ocasión el atrevido que dé al soberbio don Pedro, al que tenía por acabadas sus pretensiones, al que con tantos años de servicios y gastos increíbles se juzgaba por digno de mayores empresas, aquesta triste nueva, aquesta impensada salida y la última resolución y desengaño de su amor? Ciertamente, que aunque él no merece ninguna lástima, no puedo excusarla en mi pecho; mas tales disposiciones y rodeos son secretos juicios de Dios, á quien hemos de venerar y no inquirir.

Don Pedro, persuadido á que Floriana le quería, juzgaba esta falsa sospecha por certísima, trayendo á la memoria el sentimiento que hizo por tan largos días cuando fué herido; mas ahora entendido este caso, ¡oh cuán burlado se hallaría, porque lo cierto fué que la triste señora entonces lloraba su desdicha y encubría su preñez! Y como ésta empezó la noche de sus heridas y duró lo necesario y forzoso, engañó con iguales apariencias tan locas esperanzas; y así, despreciando tales casamientos con ansia de su madre y pena propia, dió lugar que mientras ella libraba en solo Dios el remedio de su perdida honra, atribuyendo su tristeza á presunción

su absteridad y suspensión, otros intentos vanos creciese el título de desdenosa, y las quejas de sus pretendientes, y amantes, si bien en tantos tiempos nunca su madre presumió la causa, pues de haberla entendido, llano es que en estos días últimos no intentara, aunque á mas no poder, el casarla con su cuñado, y así es certísimo que hasta la noche del festín que Floriana reconoció á don Sancho, y aun danzó con él, el volver á su casa con tan grave y repentino alboroto y algunos congojosos desmayos, la hicieron juzgar su última hora, y juntamente por cosa necesaria el dar cuenta á su madre del suceso; con que no desconfiándola antes como mujer prudente asegurando su perdida esperanza, la hizo no sólo recobrar el sosiego, más aún, dispuso el acuerdo de hablarle, y trazó para ello el billete y recaudo que habéis oído; porque la verdad fué que Floriana le escribió, y no las otras damas que él esperaba; las cuales, quizá en saliendo del sarao, no se acordaran más de su concierto, ni aun de que tal hombre estuviese en el mundo. En fin, todas aquestas cosas entendió don Sancho tan alegre y gustoso con su nuevo estado, cuanto alentado y fuerte en sus heridas; tanto puede un súbito contento un no esperado bien.

## CAPITULO XXXIV

*Despósase don Sancho; búscale la justicia; quieren hacerla en don Pedro; socórrele su hermano, y tiene fin la historia.*

EN medio de este gusto, ó, por mejor decir, en sus principios, apenas rayaba el sol los chapiteles y balcones dorados de Floriana, cuando llamando con grandes golpes á sus puertas, entendida la causa, fué avisado de que el Asistente mismo, acompañado de otros caballeros y muchos ministros de justicia, preguntaban por él; y así, aunque presumió luego lo que era, no dándosele mucho, hizo que les saliesen á recibir; y finalmente, en viéndose, el uno salió de cuidado (porque el Asistente, respecto de la recomendación de S. M., le tenía grandísimo), y el otro entró en otros en su tanto mayores. Admiróle, y no poco, el hallarlo en tal casa; porque, aunque traía barruntos y premisas de ello por haber entendídose el socorro y ayuda que le dieron sus dueños, así con sus criados como con su carroza, nunca se persuadió á qué habría sido para más que ponerle en cobro, y así su diligencia más era á informarse de él que á buscarle en tal parte. Mas cuando, enterado en todo el caso, miró á don Sancho como á dueño absoluto de la hermosa Floriana, no pudo encarecerle su alegría, antes en de-

mostración de ella se ofreció por padrino de sus bodas, y queriendo con tanto despedirse, ya en pie, por contera de su plática, le refirió que, así el herido que dejó en voz de muerto, con otros dos de los que habían huído, estaban en la cárcel, y confesos en su delito y culpa; en la cual, por principal actor y delincuente condenaban no menos que á don Pedro su hermano, que sin temor del cielo ni aun del real amparo que le obligaba á un crimen *lesse*, les había inducido á que por quinientos escudos le matasen, y que andando muchos días antes en su espía la tarde precedente, valiéndose de su descuido y soledad le habían acometido, según habéis oído; y no parando en esto el Asistente, concluyó su razón con decirle cómo también su hermano, prevenida la fuga que hacía á Portugal, estaba ya en la torre y puerta de Triana con prisiones y guarda suficientes. Despidióse con esto dejando al herido don Sancho con nuevas lástimas y aun mayores cuidados, y tan en sumo grado, que temiendo el peligro de su hermano, sin reparar en el suyo ni en la traición y maldad cometida, juzgó por mal obrada su alegría y aun por muy necesario el consuelo de su nueva desdicha.

¡Oh poderosa fuerza de un ánimo juntamente generoso y honrado! ¿Quién creará semejantes extremos, y quién el exceso notable que poco después de esto ejecutó sobre la misma causa? En cuya prosecución y sustancia, dando el Asis-

tente cuenta de todo al rey, fué sentido el suceso por sumo atrevimiento, y encargándole con veras su castigo en breves días, fué don Pedro sentenciado á degollar, si bien él estaba, de haber entendido su desengaño y la buena fortuna de su hermano, tan desesperado y doliente, que hizo poco caudal de la sentencia; y no cesando en esto sus desdichas, como fuese el sujeto melancólico, cavando poco á poco en sus discursos, sin poder reprimirse, cayó en tal enfermedad, que á los primeros accidentes le turbó el juicio.

Con todo, en tanto aprieto, sus deudos apelaron al Audiencia; pero importara menos esta diligencia si el piadoso don Sancho, con ánimo de verdadero hermano, no acudiera á su defensa. Y así, aun sin estar convaleciente, entendida la apresurosa sentencia que amenazaba á don Pedro, y la certeza de su confirmación con tácito seguro de que en veinte días no se ejecutaría, á pesar de su esposa, partió en ligeras postas á Madrid, que, á no ser tan robusto, esto sólo le costara la vida. Y en llegando se echó á los pies del rey y le pidió la vida de su hermano; y no obstante que aquella su admirable severidad suspendió la respuesta más de lo que el término pedía, el noble caballero hizo tantos esfuerzos y se valió de tan grandes favores, que al fin alcanzó su perdón, mas con tal cortapisa, que luego se entrase en religión y profesase en ella, y esto por haber entendido el estado de su enfermedad, que si no su

profesión fuera en Orán ó Melilla; y finalmente, aplicando de hecho su hacienda y mayorazgo al forzoso heredero, cosas que, aunque al parecer eran muy duras, don Sancho las aceptó en su nombre y con la misma prisa. Después de haber cumplido su deber y respetos volvió á Sevilla y á su casa, adonde de una y otra fué recibido y celebrado con voluntad y amor jamás oído.

Publicóse el perdón, y así don Pedro se entró en el convento de San Pablo, adonde, apretado de su enfermedad, cayendo y levantando, vivió dos años, sin que en ellos su hermano tratase de la aplicada hacienda, como ni la admitiera si viviera dos siglos. Con lo cual, quedando para caballero particular el más rico y poderoso de España, y habiéndose celebrado sus casamientos con el mayor aplauso que vió Sevilla, vivió en ella en compañía de su amada esposa y en correspondencia envidiable con sus dos amigos los hermanos flamencos; y teniendo ocho hijos y otra hermosa Floriana, á todos les fundó grandiosos mayorazgos y á todos los vió puestos en estados dignos á su calidad, que fué la última felicidad de sus buenas dichas, y la mayor que puede haber en esta vida transitoria y perecedera.



## La Constante Cordobesa.

### CAPITULO XXXV

*Historia tercera, sucedida en Córdoba; con el antiguo origen y fundamento desta ciudad.*

Es tan notoria y conocida en lo descubierta del orbe la antigüedad, fundación y excelencias de la ciudad de Córdoba, tanto por su originaria nobleza cuanto por los ilustres varones que así en armas como en letras ha producido en todos tiempos, que pudiera excusar por demasiada esta breve narración si no temiera que el interrumpir el estilo con que he comenzado había de censurarse con nota. Y así, por disuadirla, en pocos renglones haré de sus grandezas eate fácil resumen.

En las vertientes y amenísimas faldas de la famosa Sierra Morena, y en lo mejor y más poblado del Andalucía, está fundada la ciudad de Córdoba en un llano hermosísimo que entre la sie-